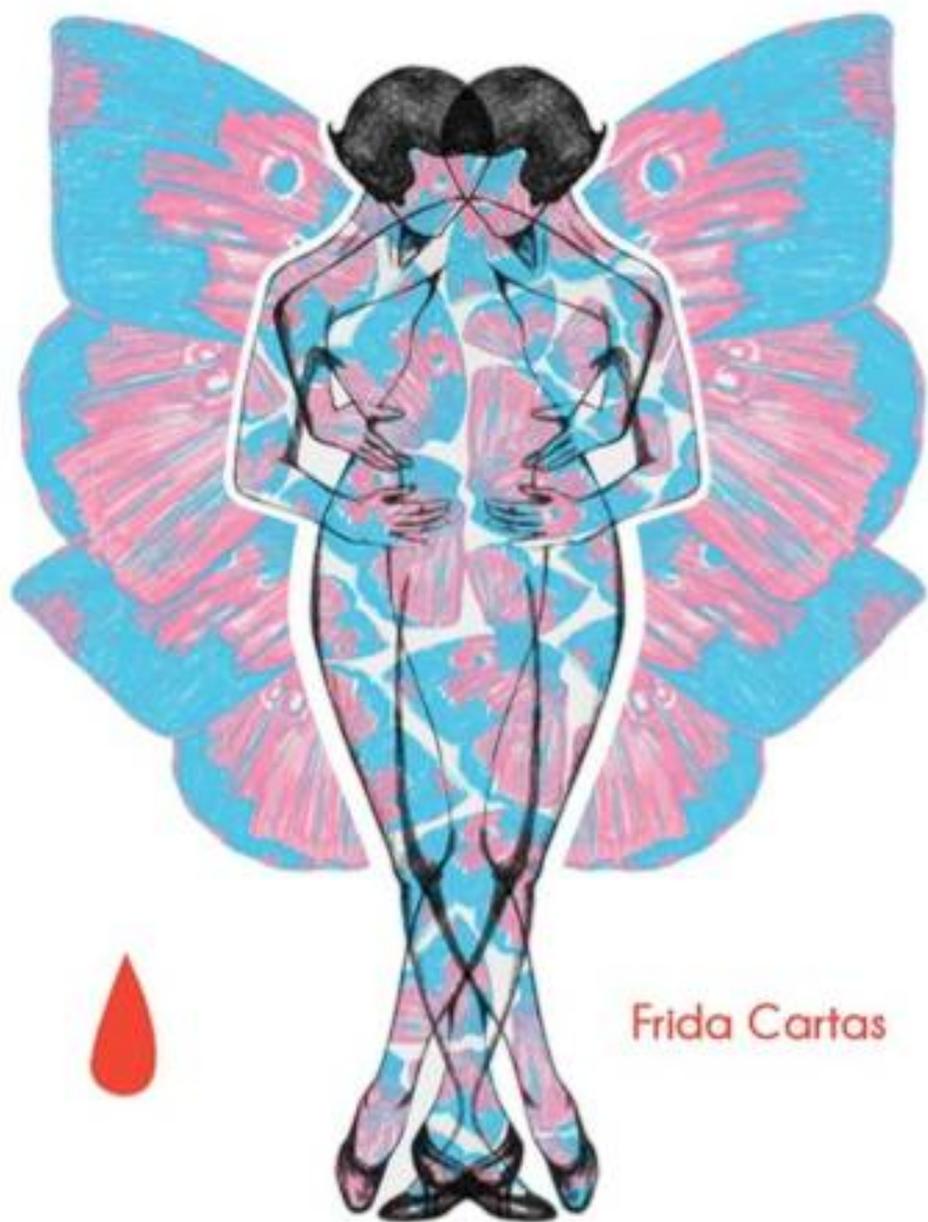


Cómo ser trans

y morir asesinada en el intento



Frida Cartas

Para Frida Cartas la transexualidad, o el ser mujer trans, no significa una «transición», o un «cambio» de A a B, una «persona que dejó de ser X para convertirse en Y»... Ni ninguna de estas historias que generalmente es la sociedad (mediante discursos de inclusión) quien las adjudica vía los patrones y estándares socioculturales, y que son repetidas hasta por las mismas personas, mujeres y hombres trans. Para Frida Cartas ser una mujer trans es una expropiación de su propio cuerpo, robado con anterioridad precisamente por estos patrones y estándares. Para Frida Cartas ser una mujer trans es haberse hecho justicia a sí misma, dentro de un mundo en el cual pareciera que ninguna mujer tiene justicia.

Si como apuntó Marx, hay que tomar los medios de producción, Frida tomó el primero y más suyo: su cuerpo y toda la sexualidad que en él habita, entonces no solo se puso a construir y producir, sino también hacer política. Un trabajo que le ha valido el escarnio y la crítica simplona y ligera de quienes no soportan la colectividad y la autogestión. Este libro es una peculiar, ácida, intensa, y poderosa autobiografía, narrada por ella misma, harta de que siempre sean los médicos, los psiquiatras, la iglesia, los sexólogos, la «ciencia», los «especialistas», quienes opinen y determinen, algo que evidentemente no atraviesan desde la experiencia, mucho menos desde el cuerpo.

Índice de contenido

Cubierta

Cómo ser trans y morir asesinada en el intento

Prólogo

Prefacio

1. Mi parto

2. Un largo embarazo

3. La quetiapina es mi pastora, con ella nada me faltará

4. Las mujeres también cagamos

5. Para roles los de canela, y glaseados

6. Yo no menstrúo, yo monstrúo

7. No me toques ando hormonada. No me normes ando translúdica.

8. El daño que les hizo Almodóvar

9. Siempre fui demasiado amorosa, demasiado creativa y demasiado inteligente ¡como para ser hombre!

10. ¿Que la apariencia no importa?

11. Un amor con alas, en un hogar que también devino

12. Género para qué te quiero, si tengo alas para volar

Anexo 1: No insistan. Ser hombre es incompatible con ser feminista.

Anexo 2: Sobre ese pleito entre Cis y Trans

Sobre la autora

Notas

Con cariño para Judith, Lizbeth y Fernanda, mis hermanas. Y también para Lubia, que al igual que yo, sobrevivieron al agente social familiar.

Y desde luego *para* mi Alfonsina, que generosamente abrió sus alas para darme el abrazo de amor infinito. Siempre la voy a recordar.

Va también para mis amigas las parias, los delincuentes que escaparon de la cárcel del género, las prófugas del sistema, las anormales, las llamadas enfermas, las que destruyen la lógica y la «naturaleza» de este mundo, a todas y cada una de ellas extendiendo mi mano llena de pólvora por el único y gran fin de resistir y vivir felices auténticas.

Feministas del mundo...
¡mantengan prendido el fuego!

*La normalidad es un camino pavimentado: cómodo para
caminar, pero ninguna flor crece en él.*

Vincent Van Gogh.

*El acto de desobediencia, como acto de libertad, es el
comienzo de la razón.*

Erich Fromm.

*Yo, mariposa ajena a la modernidad, a la posmodernidad, a
la normalidad. Oblicua. Bizca. Silvestre. Artesanal.*

Susy Shock.

PRÓLOGO

Rojo sangre, rojo bilé, roja tu falda. ¿Y nosotras?

Este es un texto que escribo desde las entrañas de mi cuerpo, es un sentir compartido e inquietante que me ha dejado con muchas preguntas y dándole vueltas a un asunto muy particular que encarno en este país: los transfeminicidios. De acuerdo con estadísticas realizadas por organizaciones mundiales especializadas en derechos humanos, México es el segundo país a nivel mundial en presentar crímenes de odio a mujeres trans. Día con día, somos desaparecidas, torturadas, enjauladas y criminalizadas por este estado machista, misógino y enraizado en un patriarcado voraz. Este patriarcado que nos encierra en una idea de lo que significa ser mujer y que al mismo tiempo intenta deshacer, des-acomodar y des-valorizar nuestra feminidad trans, desde una serie de discursos que ondean la bandera de la radicalidad pero que en la práctica y la acción segregan una de las acciones más revolucionarias que existen: dejar de ser hombre, demostrar que nunca fuimos hombres o que matamos el hombre que nos quisieron poner encima, porque siempre fuimos, somos y seremos mujeres: libres, menstruantes, brujas, sirenas y guerreras en constante sentido de batalla.

Cuesta darse cuenta que el enemigo acecha fuera de nuestras plataformas, pero también cuesta creer que algu-

nos pedazos de él están al mismo tiempo entre nosotras. Nuestra resistencia desde el feminismo ha sido un ir y venir de emociones y sentimientos que dejan distintos sabores de boca, distintos matices y distintas conclusiones. ¿Cómo nombrar el feminismo que nos incluye a las trans? Y ¿cómo nombrar al que nos excluye y violenta? Nosotras como cuerpos en resistencia siempre estamos en una frontera dentro del espectro feminista. Construimos alianzas, algunas sin respuesta y otras con efectos y afectos trans-formadores pero siempre con la interrogante y filosa situación sobre si algún día seremos o no, sujetas de los feminismos, y digo feminismos porque cada vez emergen más discursos y prácticas que plantean una nueva forma de pensarnos entre mujeres, de sentirnos y de vivir(nos), mientras que otras siguen apelando a la segregación de las mujeres, realizando exhaustivos exámenes genitalistas para ver a quién si y a quien no le calza bien la zapatilla o la bota del llamado feminis-mo.

Feminismo descolonial, lesbofeminismo, transfeminismo, feminismo de las olas (primera, segunda, tercera...) ecofeminismo... máquina procesadora de feminismos que incluyen, excluyen y plantean otras realidades. Todos y cada uno persiguiendo el objetivo de destruir el patriarcado que nos violenta a las mujeres y nos aísla a una realidad impuesta y gestionada por onvrez^[1], alejándonos de la que siempre nos ha pertenecido, ¿hasta cuándo centraremos la atención en el que siempre fue nuestro objetivo? ¿En qué momento desviamos la mirada y comenzamos a violentarnos entre nosotras? ¿Cuáles serán los nuevos «exámenes» a los que tendremos que someter a quienes deseen asumirse «feministas»? ¿Somos cómplices de ese patriarcado al aplicar sus mismos mecanismos? Estas y más preguntas son las que me vienen siempre al pensamiento cuando vivo en carne propia las exclusiones en espacios donde deseo construir alianzas y donde comparto mi experiencia de vida con todo y mis errores, vulnerabilidades, deseos, placeres e in-

consistencias, esos espacios donde se abren las puertas, pero se cierran los afectos y se silencia de una forma sutil el grito de batalla y las ganas de generar alianzas entre mujeres.

Nosotras no somos las enemigas constantes que acechamos los espacios, y no estamos en un lugar seguro ni privilegiado en esta sociedad, basta creerlo con las cifras diarias de mujeres desaparecidas y asesinadas en este país: casi 10, de las cuales 4 son mujeres trans. Nuestros tránsitos también implican un acto sororario de generar alianzas y poner nuestras vulnerabilidades en el centro para dar cuenta de lo mucho que podemos compartir y generar en colectivo juntas, aliadas, fúricas y contundentes. No somos sujetas del bilé y la falda, no hacemos política desde ahí, encarnamos la violencia del estado patriarcal y ponemos la cuerpa en el absurdo cisgenerista heterosexual capitalista colonizante.

Nunca nos bastó pintarnos los labios de rojo carmín o ponernos una falda para asumirnos mujeres, ¡nacimos mujeres! Y nos hicimos justicia a nosotras mismas. Nuestra postura no es un ir y venir entre el bilé y el bigote, es una postura clara de batalla y autogestión afectiva diaria. Es una lucha constante con objetivos claros de visibilización, autogestión y colectividad.

Lo nuestro no es la comodidad ni el efímero de portar una falda en alguna manifestación o la fiesta «transgresora», es nuestra cuerpa, nuestra piel, nuestra puesta en el espacio público y privado lo que hace nuestro principal activismo, nuestra política íntima y la «otra» marcha de todas nosotras las mujeres: el día a día, ese día en el que tenemos que salir al mundo armadas y con conciencia de auto-defensa para volver vivas a nuestras casas, porque vivas nos queremos. Ese día en el que sembramos memoria y resistencia con cada paso que damos en las calles (porque nuestras son también las calles), ese día en el que hacemos posible lo imposible y nos fugamos a esa otra realidad que

deseamos seguir viviendo en colectiva, esa otra realidad es la nuestra, una realidad donde todas y cada una de las mujeres nos reconocemos, nos vivimos, nos afectamos, nos levantamos y esculpimos nuestra verdadera lucha: SOBREVIVIR.

Agradezco a Frida Cartas la oportunidad de escribir estas palabras en este proyecto que emana también de sus entrañas. Esto no es solo un libro, es un arma punzocortante para todas nuestras hermanas, es un arma que calza y que abraza nuestras luchas, nuestras historias y propuestas; es una guía de supervivencia para las mujeres que nos enfrentamos a esta realidad machista, misógina y patriarcal. Esto no es un cuento de ficción, es una historia real, tan real como nosotras las trans, y es un intento por incrementar nuestros gritos y denuncias, por saciar nuestra sed de justicia... Acá está ahora el libro de Frida que lo detalla y narra tan puntual y acertadamente capítulo a capítulo.

¡Digna rabia para todas!

Lía Nereida García Barreto

PREFACIO

Los asesinatos de mujeres transexuales también son feminicidios, pues son crímenes por misoginia perpetrados por hombres machistas. Ese desprecio a la feminidad que conlleva a desecharlas como si de objetos se tratara, a arrancarles la vida porque ante la mirada masculina «no valen» o «se lo merecen». Acción que solo puede ejecutar un hombre que ha cumplido cabalmente los roles de género, dominantes, opresivos, violentos, cimentados para ellos desde una falsa superioridad.

Los asesinatos de mujeres transexuales también son feminicidios, y suceden o diario. Estos crímenes llevan implícito además un odio por ser una mujer diferente de lo que socialmente se ha enseñado que «es» (mujer se nace, todas las mujeres tienen vulva, todas las mujeres menstrúan, todas las mujeres son sinónimo de madres, todas las mujeres son heterosexuales, *bla bla bla*).

México ocupa el segundo lugar a nivel mundial en asesinatos o mujeres transgénero y transexuales. ¿La estadística exacta? No se sabe. Nadie la ha investigado. Y es «lógico», ya que a nosotras ni siquiera se nos considera mujeres, con menor «razón» nuestros asesinatos, nuestras muertes, nuestros crímenes de odio, son llamados feminicidios o bien, transfeminicidios.

La prensa los guía: «hombre vestido de mujer», «dan cuello a travesti», «asesinan a mujercito», «matan a homosexual que apodaba Yamilé», «quiebran a gay que se prostituía» (porque claro, la identidad a un género es para la

prensa, y el común de la sociedad, lo mismo que orientación sexual, y el género son genitales).

La comunidad del arcoíris hace lo suyo: «crímenes de la diversidad sexual». Porque para la afamada marca registrada no somos trans, somos una bandera, seres LGTBTTTIQ o no somos. Todas harina de un mismo costal. Todas homogenizadas. Te alineas o nadie alzaré la voz por ti.

La familia contribuye: coronas de flores con el nombre que el padre o lo madre te asignó al nacer, y no con el que tú has elegido libremente llamarte.

Ni después de asesinadas se nos tiene respeto a la identidad de género que hemos vivido, que hemos construido, que elegimos ser.

Los asesinatos de mujeres transexuales también son feminicidios, y duelen. Este libro que ahora tienes en tus manos es para compartirte a partir de mi experiencia y devenir, otras formas de cómo también nos asesinan simbólicamente a diario cuando no nos dejan vivir en paz, cuando nos anulan, nos invisibilizan, nos arrojan al escarnio; contarte cómo nos agreden, nos violentan, nos vulnerabilizan y nos discriminan de mil maneras aún con todo el discurso progresista de inclusión, feminismo y leyes vanguardistas, sin dejar de señalar, claro está, el grado máximo de esas agresiones y violencias. Los transfeminicidios.

Los asesinatos de mujeres transexuales también son feminicidios. Y no los olvidamos, no los perdonamos, y no los callaremos. Este libro es solo una voz más entre todas las voces.

1. Mi parto

Yo en tanto trans soy la mujer, la madre y la hija, me autotaré. Y esto que puede sonar a superpoderes o a una triada divina, la verdad es que no es así. Mi embarazo, aunque planeado y deseado no fue nada fácil. El solo hecho de concebir la idea de gestar a Frieda Frida me confrontó con muchos fantasmas y, por ende, con el miedo. Les platico.

En 2010 cuando todo el país enardecía en Twitter porque cada 100 años el pueblo se levantó y hay una revolución (1810, 1910, ¿2010?), yo me encontraba acompañada en terapia por violencia en la pareja. Ese diván al que yo asistía para resolver conflictos «en nombre del amor», y un ideal de proyecto de vida, sin esperarlo me llevó por otros caminos.

Fue una tarde, en la acostumbrada sesión, una tarde fría y lluviosa, cómo olvidarlo, donde yo miraba a través del vidrio el agua caer, y o lo lejos escuchaba una cantante que practicaba su voz con el piano en vivo (el consultorio estaba en el patio de una casona privada en Coyoacán, donde habitaba uno cantante de ópera); un poco distraída y no, la terapeuta me preguntó, y tú Freddy. ¿Te sientes más hombre o más mujer en el matrimonio, en el hogar, en la cama... en general?

—¿Cómo? —Titubeé.

—¿Te sientes más hombre o mujer? —Repitió ella.

Y eso pregunta, esa sola pregunta que pareciera tan obvia en la propia vida de cada quien, esa pregunta tal vez

para ella rutinaria y parte de su trabajo, fue el detonador que me descompuso (¿o compuso?) y terminó por desconfigurar en mí lo que jamás se había configurado plenamente.

Fue un puñetazo que me tumbó no al diván, sino al pasado, a toda mi vida atrás hasta entonces, a muchos años ya vividos: a mi infancia, mi adolescencia, mi educación escolar, mi carrera, mi familia, el inicio de ese matrimonio ahora en terapia (porque yo me casé, ah, con firma ante el juez y el corazón hinchado de romanticismo y ese amor de novela, que tanto enferma y duele sí, pero que una no conoce hasta que lo tiene enfrente).

No supe qué contestar allí, no supe qué decir en ese momento porque yo ya no estaba en el lugar, aunque mi cuerpo seguía presente. Mi mente en imágenes de 24 por segundo me había transportado al pasado, y todo acontecía delante de mí en un cúmulo de recuerdos y de vivencias... y de dolores, de caras y colores, de voces y personas, de espacios y regaños, de castigos y maltratos, de violación y abuso sexual, de lo que ahora muy derechohumana llaman *bullying*, y de escarnio social que a esa edad no sabes que es escarnio, pero sucede. Todo pasaba.

Me fui noqueada a casa junto con el hombre que una vez amé incluso más que a mí misma, y en ese mar de recuerdos alcancé a recordar también que en algunas sesiones donde llegamos temprano me dio por mirar la biblioteca de la terapeuta, y un libro con la silueta de un hombre y una mujer, en colores azul y rosa, en su pequeño librero, llamó mi atención y hojeé. Ese libro aparecía ahora en mi mente como un imán, aparecía incluso insistentemente al cerrar los ojos como aparece la maculopatía serosa que desde años padezco: *Deshacer el género*. Su autora, Judith Butler.

De modo que ese centenario y profético año donde la afamada revolución no le llegó al pueblo, sí fue en cambio, curiosamente, el inicio de mi propia revolución. De modo

que fue el psicoanálisis lo que me llevó a las teorías de género, y las teorías de género al feminismo, y el feminismo al lesbofeminismo, y el lesbofeminismo a devenir transexual, y el devenir transexual a escribir este libro.

Comencé a leer *Deshacer el género*, y otros más, a revisar cualquier ensayo, artículo o texto relacionado con género que aparecía delante de mí (Marta Lamas, Beatriz Preciado —que a saber qué nombre tiene ahora—, Teresita de Barbieri, y hasta con Bauman, Foucault y Marcela Lagarde me topé).

No es que cada texto me enseñara o revelara «una verdad», es que cada explicación, disertación o dilucidación era revivirme en pasado y comprender más claramente lo que yo misma había sentido... vivido, experimentado, lo que a mí misma me había atravesado y no supe nunca nombrarlo.

Comencé a sentirme, cómo decirlo, menos atada menos culpable, menos «monstruo», más yo. Comencé a fluir. Desde ese momento todo lo que acontecía en mí y en mi vida me relacionaba o percibirlo con un análisis de género desde mi sentir y mi propia verdad. Todos los caminos conducen al género, interpretó nunca un famoso cantante.

Cuando los meses pasaron y ese año acabó, yo fui comprendiendo que nunca me sentí ni viví hombre, pero jamás me había imaginado que pudiera ser una mujer (porque ya saben, mujer es una chica rubia delgada que aparece en revistas). Y ahí aparecían los fantasmas: Cuando se burlaban de mí (hablas como niña, pareces niña, corres como niña, te sientas como niña, peleas como niña, lloras como niña). Fantasmas que lo mismo encarnaban los vednos, los compañeros escolares, las maestras, las gentes en la calle, en el transporte, en la banqueta de mi casa, en la fila de las tortillas... o mi papá. Fantasmas que no se fueron con el tiempo y estuvieron en la infancia, en la adolescencia y hasta en la vida universitario. Fantasmas que no se cansaron nunca y